



Buenos Aires, septiembre de 2017

Circular N° 573

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Guillermo Canessa.

“Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella.” (Juan 8: 7)

Este es un texto muy conocido, seguramente lo habrán escuchado en alguna oportunidad. Habían llevado frente al Señor a una mujer adúltera. En ese tiempo el adulterio era pecado y la consecuencia era ser apedreado hasta morir. Pero Cristo conocía sus corazones y con grande misericordia siempre les brindaba enseñanza. Los escribas y fariseos pensaban que como ellos obraban de acuerdo con las leyes, no necesitaban de la gracia, por ello llevaron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio; para tentar al Señor. Poniéndola en medio, le dijeron:

“Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?”

Esperaban que el Señor respondiera en forma equivocada....

“Mas esto decían tentándole para poder acusarle, pero Jesús inclinado hacia el suelo escribía en tierra con el dedo y como insistieron en preguntarle se enderezó y les dijo el que de vosotros este sin pecado sea el primero en arrojar la primera piedra contra ella.”

¿Quién de nosotros podría decir: no tengo pecados? Alguno quizás podría medir los pecados y decir: bueno, mi pecado es pequeño. U otro decir: bueno, el mío es un poquito más grande. O al revés: uno podría juzgar al otro diciendo: mi pecado es pequeño, pero el tuyo... ¿Quién puede asignar esa medida?

El Apóstol Mayor nos recuerda que todo pecado por más pequeño que sea debe ser perdonado y solamente la gracia de Dios nos ayuda a todos. Esta palabra es parte de nuestra perfección, es parte del desarrollo espiritual de nuestra alma. Cuando Dios nos habla del prójimo, nos está hablando de un mandamiento de amor, de una actitud que debe ser parte de nuestra vida para llegar al perfeccionamiento de nuestra alma.

Esa perfección tiene que estar en nuestro interior, tenemos que esforzarnos cotidianamente. Cada uno de nosotros sabe los pensamientos que nos mueven. Yo no les pregunto en qué están pensando, pero Dios sabe lo que estamos pensando todos. Dios conoce todo.

Cristo les dice (El que de vosotros...) y luego:

“...inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno...”



Es decir, tuvieron un momento de reflexión, y reconocieron ser pecadores. Fue una enseñanza. Ellos medían el pecado condicionados por su razonamiento material. Nosotros les ponemos medidas a los pecados, pero ¿no necesitamos todos de la gracia? Por más pequeño que sea el pecado, ¿no necesitamos desarrollarnos en el amor que Cristo derramó a través de su sacrificio sobre los seres humanos? para ir llegando al reconocimiento de que nuestra fe no es algo ficticio o algo teórico, sino algo práctico, de todos los días. Crecer y desarrollar interiormente para alcanzar el estado de dignidad que Dios, que Cristo espera de nosotros.

¿Y cómo lo logramos? En primer lugar, reconociéndonos pecadores. Con esto no nos inclinamos en la tierra materialmente ni nos humillamos, de ninguna manera. Se trata de reconocer que la gracia de Dios es lo que nos ayuda a superar todas las cosas. El Apóstol Mayor dice: “no juzgamos a nuestro prójimo”. Esto es parte del desarrollo espiritual. Pero nuestro prójimo, ¿quién es? Es el que tenemos al lado. Ese prójimo al cual tenemos que amar, es al que tenemos que aprender a perdonar, tenemos que aprender a no medirle las equivocaciones sino perdonar ampliamente, generosamente. Cristo enseñó a través de una parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo y otro publicano. En ese tiempo el publicano era considerado de clase inferior.

“El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano.”

Se creía más que el publicano. Esto lo dijo Cristo, Dios mismo, para que podamos aprender.

“Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro...”

El Apóstol Santiago dice que cuando uno falta a un mandamiento, falta a todos:

“Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos”.
(Stg 2: 10)

Si faltamos a un mandamiento, estamos faltando a todos. Uno tiene que alcanzar ese reconocimiento espiritual: necesitamos la gracia. Entonces cuando llegamos a esta posición de corazón no venimos a la Iglesia por una obligación o porque es un acto social. No: venimos a la casa de Dios primero a recibir la palabra, el alimento que nos fortalece. Luego, “el maná del cielo”, el cuerpo y la sangre de Jesucristo para nuestra alma. No por costumbre, sino porque necesitamos que nuestra alma se pueda nutrir de la riqueza del Espíritu Santo, en la comunidad de Cristo a la cual pertenecemos.

En una comunidad, una hermana que participó del Santo Sellamiento dijo: “Hoy me di cuenta de que Dios estaba delante mío y me invitó a recibir el Espíritu Santo”. ¿Tenemos ese nivel de reconocimiento? No sobre la figura de los hombres, porque les puedo garantizar que ninguno de nosotros es Dios, ni nos comportamos totalmente bien; nos equivocamos como cualquier ser humano. Pero, en el reconocimiento de nuestra alma, ¿podemos ver que la palabra viene de Dios para mí? Y que luego voy a participar del cuerpo y la sangre de Cristo no por una costumbre, no porque hace 50 u 80 años que participo de la Santa Cena, sino porque mi alma necesita la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo.

Esto es ir conformándose a imagen y semejanza de Cristo. Nadie nos obligó. Hemos venido porque lo deseábamos, lo necesitábamos. No estamos delante de un hombre que predica, estamos en la presencia del Dios vivo que a través de su palabra nos alimenta y a través de



la comunión con el cuerpo y la sangre de Jesucristo nos da la posibilidad de la vida eterna, posibilidad de redención. ¿Lo creemos? De esto se trata nuestra vida espiritual.

La decisión es nuestra. Tenemos que colocar allí toda nuestra fortaleza, todas las fuerzas que tenemos para quedar fieles. Porque Cristo no nos dijo la hora ni el día en que va a venir a buscar a su pueblo, pero debemos hacer el esfuerzo y es cotidiano. Poder participar de las dádivas en la comunidad de Cristo, es un tesoro. Un tesoro que tenemos que conservar y cuidar para no perderlo. La riqueza que Dios nos ha regalado está en esas dos letras: fe. Creer sin ver. Creer esperando el cumplimiento de la promesa para que el día que venga Cristo a buscarnos podamos contemplar la gloria. De esto se trata nuestra vida espiritual.

Tantas veces el Apóstol Mayor vuelve a decirnos: “tienes que amar a tu prójimo”, porque evidentemente no lo hemos logrado todavía. Tenemos que amar al que está al lado, tenemos que amar al esposo/a, a los hijos. ¿Es ésto una novedad? ¡No! El amor tiene que ser mutuo. De uno para otro. Y el amor nos ayuda a disculparnos, nos ayuda a perdonarnos.

Uno puede comprender el amor de una madre, es lo más sublime que puede haber sobre la tierra. Dios nos ama mucho más que esto. ¿Cómo amamos nosotros a Dios? Amando a nuestro hermano, con el perdón demostramos el poder de nuestro corazón y tenemos la fuerza para poder hacerlo, no teniendo en cuenta los errores del que se equivoca.

Cuando lo logramos, ahí empezamos a ver un poco la perfección que vamos adquiriendo. Un Apóstol dijo: “Vamos a vivir la perfección cuando podamos perdonar en el mismo momento de la ofensa”. Es una lucha cotidiana, es un trabajo del alma, importante para nuestra vida, para que podamos llegar como dignos al día del Señor.

Cristo no castigó a nadie en esta enseñanza. A la mujer le dijo:

“... ¿Dónde los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más.”

Tampoco castigó a los fariseos y a los escribas que estaban acusándola. Ellos fueron para tentar a Cristo, para después poder decir: ¡mira lo que hizo! El acto de amor del Señor despertó su conciencia. Les enseñó sin castigarlos. Dios no nos castiga, nos enseña con amor. Cristo nos habla del prójimo porque es un mandamiento que dio para cumplir:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.” (comparar con Lc 10:27)

A veces se nos complica, no siempre es fácil. Decirlo es fácil, vivirlo no siempre. En la vida cotidiana se nos cruzan sentimientos que no son de ese hijo de Dios que está siendo preparado para un reino eterno. Tendríamos que ir al principio: ¿realmente crees que eres un hijo de Dios? ¿Realmente crees que hay un reino en los cielos que te está esperando cuando Dios lo disponga? De esto se trata nuestra vida espiritual, porque, vuelvo a decir, a la Iglesia podemos venir de muchas formas: porque está papá, mamá, mi hermano, mi hermana, mi novia, mi esposo, lo que sea. Pero cuando llegamos al reconocimiento de que venimos a buscar la palabra, que es el alimento; la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, el perdón de los pecados es distinto. Nuestra fe va cavando y profundizando mucho más, no queda en la superficie. Entonces somos carta legible de Cristo.

Demos testimonio, no de la Iglesia sino de nuestra vida de hijos de Dios, de lo que Dios permite en nuestra vida. Porque siempre hay alguien con una necesidad, que viene y nos la cuenta. Es el espíritu que atrae a ese espíritu que tú tienes, que yo tengo: el Espíritu que



Dios nos regaló por imposición de manos de un Apóstol. En su momento Dios lo colocó en mi alma y ese Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

Tenemos que desarrollarnos espiritualmente, no nos quedemos en lo superficial porque allí la fe no crece. Tenemos que permitirle a Dios que la palabra que Él nos regale nos haga madurar espiritualmente, para poder llegar como dignos al día del Señor. Para que verdaderamente lo que hoy creemos por fe, de que hay un reino eterno esperándonos, lo podamos contemplar.

El pueblo israelita durante muchos años esperó al Mesías. Y cuando el Mesías vino, no lo pudo reconocer. Que no pase que cuando el Señor venga nosotros tampoco lo podamos reconocer. Dios nos llama la atención en esto. El amor de Dios es tan grande que envió a su Hijo por todos: por los escribas, por los fariseos, por esa mujer adúltera pecadora, por todos. Por el que tenemos al lado, por el vecino, por el amigo, por aquel que se comporta equivocadamente, por todos. Después que cada uno pueda reconocerlo y aceptarlo, ese es otro tema. Allí queda a criterio y a decisión de cada uno. Lo importante es lo que yo vivo interiormente, lo que tú vives. ¿Crees en esto? Dios te colocará la bendición. ¿Puedes vivirlo? Dios te va a permitir vivir experiencias de fe. Pero tienes que creerlo.
